

Javier de LORENZO  
Pº Extremadura, 7  
Madrid, XI. ESPAÑA

17 Junio 1963

Sr. D. José Ferrater Mora  
Bryn Mawr College  
BRYN MAWR. U S A

Mi querido D. José:

Mil y mil gracias, y mil y mil perdones. Por su atenta carta y por mi lenta contestación. Han sido días de mucho agobio, lleno de exámenes y, por fin, ahora, llegan unos días de cierto descanso. Por ello, lo primero, escribirle a usted.

De México, D. José Luis Curiel, me escribe indicándome, realmente, que me ponga en contacto con usted, a quien conoce desde symposium anterior sobre "Tolerancia".

Aquí, en España, su último libro "El ser y la muerte", goza de preeminencia crítica, siempre favorable.

En su carta me animaba usted a desarrollar la idea de 'el Formalismo deductivo como hábito'. No sé. ¿Me permite que le bosqueje algunas ideas?

El hombre se encuentra en un medio, en un cierto entorno social. En él, por él, se enfrenta con la realidad. Esta la capta no de un modo absoluto, sino parcial. La capta a través de unas convenciones.

Entre estas hay que distinguir, en primer lugar, una convención básica: El lenguaje natural. Mediante ese lenguaje, el hombre capta unos ciertos aspectos. Aquellos que le permiten relacionarse con sus semejantes y con un cierto entorno social.

Pero esa convención es insuficiente. Además, el lenguaje natural es flexible. Si un idioma posee, por ejemplo, 10.000 palabras, el hombre emplea, y le basta, 3.000. Le basta para su contacto y relación ordinaria.

Pero la realidad parece más compleja. Se puede hablar de muy diversas realidades. Es distinta la visión de un físico que la de un médico, que la de un abogado, y todos nos dirían que su objeto es la realidad. Cada uno se mueve en su entorno, parcial. Y ve un objeto diferente.

El lenguaje de cada uno de estos entornos, es distinto. Y lo delimita. Así, existe un lenguaje natural, casi común a todos los componentes de un cierto entorno. ('Casi común' porque el lenguaje de un obrero metalúrgico es distinto al de un campesino). Posee, este sustrato lingüístico, una extensión grande. Mesa, patata, coche, madre, padre... constantes lógicas y, ni, o... Todas ellas componen el sustrato básico en el que una persona del mismo entorno lingüístico social se mueve. Pero este lenguaje es insuficiente.

Y van apareciendo, en otra capa, distintos sectores. Así, la distinción que puede hacerse correlativa a las dos grandes ramas del saber humano: Ciencias y Letras. En las Ciencias, nueva subdivisión: matemáticas, física, medicina... En Letras, lo mismo: filosofía, arte, derecho,.. Y, en cada una de estas ramas, nuevas concentraciones, mayor división.

Todas tienen el mismo sustrato, dado por el entorno social

en el que se mueven, con su correspondiente lenguaje natural. Ahora bien, todas se han ido separando por el empleo de lenguajes, de nuevas construcciones convencionales diferenciadoras. La comunicabilidad entre un matemático topólogo y un especialista en Derecho internacional privado no podrá realizarse en el plano de absoluta diferenciación. Ambos tienen que retroceder, descender hasta un escalón común. Si no, no hay comunicabilidad posible. Y, sin embargo, ambos captan sus trozos de realidad.

La diferenciación se verifica por el lenguaje particular de cada sector. Y no sólo por el lenguaje. El pensamiento parece tener una característica común a todos los sectores, unas leyes comunes. Como, por ejemplo, la deducción. Parece responder a que si ocurre tal y tal cosa, entonces habrá que aplicar tal artículo de tal Código, o se podrá deducir tal conclusión. Sin embargo, estas reglas son empleadas de distinta forma en cada sector especializado. Se las exigirá más o menos rigor, en función del fin de cada zona. En una Geografía física, por ejemplo, serán suficientes descripciones, mientras que en una lógica o matemática está sería radicalmente insuficiente.

Por lo que, además del lenguaje propio de la convención necesaria para captar la parte de la realidad que le es propia, ésta parte determina también la diferente especialización.

Y ambas, juntas, nos llevan a considerar que toda la captación de esos entornos se debe a un hábito. Entendiendo por hábito la costumbre que permanece en una persona, para una tarea, después de haber realizado un esfuerzo hasta la consecución de ese hábito.

Y se debe a un hábito, porque lo que en primer lugar tiene que realizarse, es una asimilación de las convenciones propias de cada sector. Acostumbrarse a ella y a sus propias reglas, comunes a todas, pero empleadas de distinta forma. Si uno quiere estudiar matemáticas, habrá de superar, lo primero, su simbolismo. Acostumbrarse a él, y a su modo de empleo. A saber que cuando se habla de derivada o integral, equivale a hablar de pendiente de una curva y área encerrada por ella, por ejemplo. A saber que para hallar el área o volumen de un cuerpo se emplea tal elemento y se sigue tal proceso. Que el pandeo de una viga, con tales circunstancias, puede ajustarse a tal ecuación diferencial.

Esto crea un hábito. Y, sin él, nada podrá hacerse en los terrenos de la matemática. Sea pura o aplicada. Análogamente se podría hablar del hábito necesario para ejercer la abogacía o la medicina. En filosofía, ocurre igual.

■ Cada lenguaje artificial científico especializa su propio sector de la realidad y habitúa a moverse en él. De aquí las dificultades del saber global, de la captación absoluta, objetiva, de la realidad.

El habituamiento, la habitud, no es algo meramente pasivo. Es, radicalmente, operativa. Gracias a esa habitud, puede avanzar el matemático en su sector, el lógico en el suyo, cada uno en su zona específica.

Y, aparte del lenguaje artificial propio de cada sector, un lenguaje universal, artificial, formalizado enteramente, requiere las mismas circunstancias que el meramente artificial, aunque sea científico. Aprender los símbolos, las reglas operativas. Y una vez habituados a ellos, continúa el proceso operativo.

La formalización suprime los significados, el contenido de cada símbolo. Pero no el hábito que engendran los mismos y sus reglas correspondientes. Aquí, la diferenciación se limita, exclusivamente, al lenguaje artificial y no al propio sector parcial del objeto realidad. Por ello los peligros que el formalismo a ultranza encierra de alejarse de los hechos verificables. Peligro que la prueba de Gödel suprime al demostrar que ese formalismo no es más que otra convención del hombre para expresar lo captado en un sector de la realidad.

Pero aquí, mi querido D. José, me surgen varios problemas. Aparte de la comunicabilidad --que sólo sería posible, general, descendiendo hasta el último escalón, hasta el último estrato lingüístico, con pérdida radial de la comprensión--, y aparte el del saber global, objetivo, imposible de obtener por estas parcelaciones, está el del sustrato de la realidad. ¿Existe algún sustrato constante y el mismo que sólo se manifiesta en las parciales intra-acciones hombre-materia de cada sector? ¿Existe alguna regla o ley común a todas las formas de cada sector? En otras palabras, el hábito que engendran cada lenguaje diferenciado --y diferenciador-- y el objeto real parcial, ¿es el mismo, en el fondo, con distinto ropaje? ¿O la diferenciación es tan radical que esos sectores tenemos que llegar a considerarlos como independientes?

Pero termino, hoy, de darle la lata. Y, nuevamente, gracias. De "Qué es la lógica", he preferido no leerla hasta que no le hubiese escrito esta carta. He comprado la segunda edición. En cuanto a la "Lógica matemática", tengo la primera edición. Aún no he podido confrontarla con la segunda, pero lo haré en estos días, con ejemplar de algún amigo. A pesar de todo, muchas gracias. La Rev. de Occidente ha traducido "Símbolos, señales y ruidos" de Pierce. Trata de Información y Comunicación. También espero poder leerlo estos días.

Pero, antes, reiterándole mi agradecimiento, queda suyo

Javier de Lorenzo

4-I-64.